

Cristina Araújo Gámir · Julia Viejo · Andrea Fernández Plata
Munir Hachemi · Paco Cerdà · Inés Martín Rodrigo
Marta Jiménez Serrano · Daniel Ruiz



TUSQUETS
EDITORES

UNA NAVIDAD ASÍ

Edición de Elisa Ferrer

Cristina Araújo Gámir, Julia Viejo, Andrea Fernández Plata,
Munir Hachemi, Paco Cerdà, Inés Martín Rodrigo, Marta
Jiménez Serrano, Daniel Ruiz

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: noviembre de 2024

© del prólogo: Elisa Ferrer, 2024

© de los cuentos: Cristina Araújo Gámir, 2024; Julia Viejo, 2024; Andrea Fernández Plata, 2024; Munir Hachemi, 2024; Paco Cerdà, 2024; Inés Martín Rodrigo, 2024; Marta Jiménez Serrano, 2024; Daniel Ruiz García, 2024

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-538-1
Depósito legal: B. 15.813-2024
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Una Navidad, tantas Navidades</i> (Prólogo de Elisa Ferrer)	9
Hogar y decoración por Cristina Araújo Gámir	17
El milagro de las peladillas por Julia Viejo	51
La ofrenda por Andrea Fernández Plata	75
Yo, Señor por Munir Hachemi	99
Una noche de paz por Paco Cerdà	127

La primera tienda de Navidad abierta todo el año en la Ciudad del Pecado por Inés Martín Rodrigo	145
Las peores Navidades por Marta Jiménez Serrano	175
Verde viento, verdes ramas por Daniel Ruiz.	189

La esperan en el vestíbulo de la estación. Irene con un abrigo largo y desabrochado que deja ver una falda de encaje pegada al cuerpo. Las niñas detrás. Elisa sentada en el suelo de baldosas pulidas. Dani manejando el móvil con una mano, sacándole fotos al árbol de Navidad que han montado junto a un bar de zumos donde los clientes consumen en vasos biodegradables arrimados a sus maletas.

Irene da un saltito cuando la ve.

—Qué tal, cielo. —Su abrazo huele a maquillaje caro, a perfume del que se extiende sobre la piel en lugar de pulverizarse—. Te ha crecido un montón el pelo, estás superguapa.

—Qué va. —Ada hace un gesto, se ha visto las ojeras reflejadas en la ventanilla del tren durante todo el viaje—. Si estoy hecha polvo —dice.

Pero no sabe si Irene la ha escuchado porque acaba de darse la vuelta para gritarle a Dani que venga, que su tía ya está aquí, que le devuelva el móvil de una vez, y a Elisa que se levante del suelo, que se abroche el anorak.

—Bueno —Irene suspira—, pues ahora a relajarse. —Se cambia de hombro el bolso acolchado para enlazar su brazo con el de Ada—. Tengo el coche fuera, venimos de comprar media ciudad.

—Ah —Ada sonríe—, genial.

La media ciudad descansa en el asiento del acompañante. Bolsas de tela y de cartón satinado, rollos iridiscentes de papel de envolver, cajas con patrones de copos de nieve. También un envase de Donettes vacío, una botella de zumo, un *tupperware* con fresas lavadas y cortadas por la mitad.

—Uy, perdona —dice Irene—, deja eso por ahí atrás. —Cada vez que inicia o clausura un movimiento, las mareas de cachemira de su foulard desprenden un aroma intermitente—. Chicas, ayudad a la tía.

Ada les tiende las bolsas y el papel de envolver, pero se queda con el *tupperware* en la mano. Dentro del coche, la calefacción coge fuerza. El olor a plástico frío se mezcla con el de los chupachups Kojak que las niñas pelan y se encajan a toda velocidad contra la mejilla. En realidad, no es su tía. A Irene la conoció en el instituto.

Cuando suben la rampa del aparcamiento, Irene desvía la mirada hacia Ada, luego hacia el retrovisor.

—¿Qué tal tu madre? —pregunta—. ¿Cómo se ha tomado que no vayas este año?

Ada hace un gesto con los hombros, resopla. Luego dice:

—Bueno.

—Tampoco le des muchas vueltas. Ya sabes. Las madres.

—¿Las madres qué, mamá? —Elisa sacude una patadita en el respaldo. No aparta los ojos de la tablet que Dani sostiene sobre las rodillas y que emite un soniquete repetitivo y sintético.

—Y tu hermana cómo va —pregunta entonces Irene. Ada se rasca la carne entre los nudillos.

—Pues Natalia en su línea. —Mira hacia la ventanilla. Las farolas desplazan trapecios de luz sobre sus vaqueros. Dentro del *tupper*, las fresas bostezan condensación—. Sabes que estuvo otra vez en la clínica —su tono es lacio, afirmativo.

—Sí, sí, me dijiste.

—Tía, estoy tan...

Ada deja la frase sin acabar, coge aire, una bocanada grande que hace tope con su plumas cerrado hasta el cuello.

—Escucha, cielo. —Irene la mira, hace amago de retirar la mano del volante, probablemente para posarla en algún tramo del cuerpo de Ada, pero la incorporación de otro coche al carril exige su atención inmediata. A cambio, dice—: Verás qué bien vas a estar en casa. ¿Saben estas que venías a Madrid? —Y mientras reduce una marcha—. Tú no te agobies, amor.

Ada asiente con la cabeza. Murmura: ya. Luego gira el rostro hacia ella y se esfuerza a sonreír. Desde hace unos años, más o menos desde las niñas, Irene dice esas cosas: amor, cielo, cariño. También por aquel entonces, la semiótica de su cuerpo cambió, se volvió más táctil, ondulante, abrazaba con frecuencia, el re-

gistro de su voz escaló una octava. Al principio, Ada lo asimiló como un detalle curioso y circunstancial. Incluso le hacía bromas al respecto: Hablas como las madres de los culebrones. Pero ahora siente admiración por esa destreza adquirida. Para algunas mujeres, piensa, resulta sencillo ser encantadoras. Tal vez ella también sería encantadora de haberse conducido en los ambientes propicios.

El chalet tiene dos plantas, garaje, piscina, una barba-coa de piedra y otros básicos de urbanización moderna, de esas que las inmobiliarias promocionan en sus folletos con parejas empujando carritos o gente en ropa de deporte corriendo por aceras impolutas.

Irene es directora de publicidad en una revista y su marido tiene un puesto importante en un bufete, algo relacionado con las pensiones o con los seguros. Ada nunca lo recuerda muy bien, y lo ha preguntado tantas veces que cuando el trabajo de Arturo sale en la conversación, finge tener perfectamente ubicado su campo de negocio. Le conocieron en una fiesta de la universidad. Estaban borrachas las dos —Irene y Ada—, sentadas en el césped sobre bolsas de plástico y vaciando a morro una botella de vino que habían comprado en el Carrefour. El aire olía a verano con intervalos de marihuana, la gente meaba detrás de unos árboles arrimados a la biblioteca, coches desparrramando música tecno por los maleteros abiertos. Nada espectacular. La boda se celebró seis años más tarde, compraron la casa sobre plano. Ada ha pasado

muchas noches allí, sobre todo antes de las niñas, cuando Irene y ella salían por Huertas hasta que se hacía de día. O cuando Arturo viajaba. Ha dormido en otras casas de Irene. En la de soltera, en la de sus padres. Los recuerdos se mezclan sin transiciones como una pulpa, un desfase de furia sacado de quicio. Meter en una mochila el pijama y las cremas para el acné, salir de su habitación dando un portazo. A veces se le pasaba el cabreo en el autobús, se ponía los auriculares a todo trapo. Cuando Irene le abría la puerta, preguntaba: ¿todo bien? Y Ada decía: sí. Pero miraba la cocina recogida de Irene, a sus padres rellenando sudokus en bata, las lentejas puestas a remojar, y el esfuerzo por contener las lágrimas le sacudía un pinchazo en los tímpanos.

Ahora, mientras se desprende del plumas y lo coloca sobre una butaca en el cuarto de invitados, vuelve a impactarle la paz que halla también en esta casa. Una sensación de coherencia con la que desea mimetizarse. Las mantas de punto grueso, el empapelado color arena.

—¿Te gusta la cama? —pregunta Elisa desde el umbral. Se está enroscando en el dedo la crin de un pequeño poni—. Era de Dani antes, pero le han puesto nuevo el cuarto. Y yo te he pintado ese dibujo.

Ada hace rodar la maleta hasta la mesilla. Estira el brazo y coge el papel cuadriculado y arrancado de un cuaderno que reposa contra la lamparita de cerámica.

—Oye, qué preciosidaaad —prolonga la «a» en ese tono hipertrofiado que hace a los niños sentirse importantes—. Es la prota de *Frozen*, ¿no?

—Sí. —Elisa sonríe, dos filas de dientes de leche blanquísimos y redondeados—. Es Elsa, se llama casi como yo. —Luego bascula el peso del cuerpo de una pierna a la otra en un bailecito mecánico, señala la mano de Ada—. ¿Quieres una tiritita?

Ada sigue la dirección de los ojos de Elisa hacia sus propios dedos sosteniendo el dibujo. No, dice deprisa: no es nada.

A su madre se lo comentó hace solo un par de semanas. De pie, en la cocina. Después de beberse un vaso de vino y con el móvil pegado a la oreja mientras se morisqueaba un padastro. Abril no contestó a la primera. Ni tampoco a la segunda. De modo que otro vaso de vino, otra porción de epidermis. Con su madre siempre es así. Su teléfono y ella parecen desplazarse por la casa en migraciones arbitrarias, incapaces de dar el uno con el otro si se hacen falta. Cuando por fin respondió, el guion que Ada había ensamblado en su cabeza se vino abajo. Lo soltó todo rápido, en una entonación que no era la que había apalabrado consigo misma.

—Pero ¿tienes que trabajar todas las navidades? —protestó Abril—. ¿Cómo pueden ser tan capullos de haceros trabajar en Nochebuena?

Ada se acarició la uña con los incisivos. El pinchazo eléctrico en la cutícula sincronizado con la voz de su madre.

—Es que una compañera está de baja, y otra se ha largado de la empresa, así que nos hemos quedado muy pocos.

Hablaba deprisa, concatenando evasivas. Por muy sencillo que fuera colarle una bola a su madre, nunca acababa de cogerle el tranquillo.

—¿Y por qué tienes que pagar tú el pato?

—Bueno..., pues porque funciona así.

—Pues habla con ellos. Diles que en tu familia las cosas no van bien.

Ada tomó aire y lo retuvo unos segundos dentro de las mejillas. Luego lo soltó lentamente. Visualizó a su madre engullendo palmeritas integrales en el sofá tapizado de pelos de gato, sus ciento dieciséis kilos fundiéndose entre los cojines. Tomás a su lado, conectado al respirador por ese tubo largo y flexible como una vena, los dedos atosigando el portátil y el labio inferior mordido hacia dentro mientras simultaneaba partidas de póker online. Así siempre. Así a todas horas. Secuestrados por la misma flojedad conyugal desde el primer día.

Ada se apartó la uña de los dientes y se la secó contra el vaquero.

—Obviamente, no puedo decirle eso a mi jefe.

Al otro lado de la línea, la televisión transpiraba una acústica de programas dicharacheros. Avances sobre la iluminación navideña, las nevadas en la sierra. El crepitar del cigarrillo de Abril, y el humo entrando después en su boca, precipitándose por su garganta.

—No sé cómo nos vamos a apañar entonces —dijo al cabo—. Si estuvieras aquí, podrías venir aunque trabajas. No sé por qué tuviste que irte, ya tenías trabajo en Madrid —hizo un silencio, tal vez a la espera

de que Ada encajara una explicación. Luego añadió—: Encima llevo tres días con catarro.

—Sí, ya me dijiste. Pues no fumes.

—No estoy fumando.

—Ya, bueno, te oigo, ¿sabes? —Y tras unos segundos—: ¿Te estás tomando algo o qué?

Abril suspiró para demostrar lo funesta que era su vida, pero no respondió a la pregunta.

—Es que si tú no vienes... Menudas navidades de mierda. Y con la ilusión que tenía Tomás... Ya le había encargado al vecino los miguelitos pensando en que venías...

Ada carraspeó, se cambió de oreja el teléfono y escuchó el frufrú de su propio pelo contra la superficie plastificada.

—Ya —dijo—, pero es que este año no puede ser.

—Entonces no las celebro... Total, a Tomás ni siquiera le gustan.

—¿Desde cuándo no le gustan las navidades a Tomás?

—Dice que para como estamos...

—¿Y cómo estáis?

—Pues cómo vamos a estar. Fatal, sin ganas de nada.

Ada meneó la cabeza, su boca construyó una muda sintaxis: «cómo no». Una sintaxis sin voz, bordada de aliento.

—A ver, no seas trágica, que también tenéis a Natalia.

—Sí, bueno, Natalia... Encima la pobre está peor otra vez.

Ada cerró los ojos lentamente, respiró.

—¿Peor en qué plan?

Su madre abrió una pausa que Ada no le concedió el placer de romper. Tampoco repitió la pregunta, conocía esos silencios calculados de Abril. En persona, los injertaba de muecas, lágrimas, temblores faciales, ligeras contracciones en la doble papada, que ahora, a cientos de kilómetros de distancia, Ada solo podía pronosticar o imaginarse, dada su familiaridad con el modelo real.

—Vamos a ver, ¿no dijiste que Natalia estaba más abierta desde que salió de la clínica?

—Sí —dijo entonces Abril. Un sí inflamado, granuloso—. Da igual, hija, no quiero preocuparte.

Ada resopló. Ada fue a decir algo. Ada no dijo nada. Ada sintió la cara arder, la sangre que se le agolpaba por dentro del cráneo. A esas alturas, en ese tipo de circunstancias, Ada ya deja que su estado de ánimo vaya por libre. Conoce los síntomas físicos, la rigidez muscular. Cuando la rabia se hincha, se eriza y luego muta y se reajusta a las dimensiones del autodesprecio. Porque la rabia de Ada es como un gas, una materia sin cohesión que arrimada a la polaridad emocional de su madre rompe los enlaces que la definen y modifica su comportamiento. Una pena siempre al borde de la ira, un coágulo de culpabilidad.

Aún no han abierto las tiendas, ni los mercados de artesanía, ni El Corte Inglés. Pero Ada quería salir temprano, de modo que Irene la ha acercado hasta el centro de camino al trabajo. «Vaya forma de relajarte», le ha dicho mirando el semáforo de reojo. Y ella se ha

encogido de hombros: «Yo qué sé, tía, por aprovechar».

Porque lo que pasa es que Ada tiene una escena en la mente. Un surtido de imágenes, casi podría decirse que un plan. Lo ha practicado en su cabeza con ese detallismo obsesivo con que se practican los anhelos. Y durante varias manzanas camina sin rumbo con las manos hundidas en los bolsillos. Los sentidos abiertos de par en par. Contempla su sombra alargada, el bajo del vestido de lana que rompe como un oleaje contra sus muslos. Se permite, es más, se obliga, a sentir cómo el sol le calienta el pelo. Da caladas lentas al cigarrillo. Se dice: disfruta, no entres en bucle, estos cinco días son tuyos y de nadie más.

A la altura de Rosales, saca el móvil del bolso y desbloquea la pantalla. Barre con la yema del dedo el audio que Abril le ha enviado de madrugada, sus dos llamadas perdidas de ayer, y también el wasap que no piensa abrir ni de coña y que parece hablar de Natalia. Se queda entonces parada, el dedo levitando sobre los iconos. Ya no recuerda por qué ha sacado el teléfono, se pellizca el entrecejo, murmura: joder. Es que siempre el mismo percal. Su madre le entra por las pupilas y la deja en blanco. La desactiva. Igual que hace un rato en el coche, igual que hace un rato en la ducha, y muchas noches de madrugada también, o mientras dobla la ropa, o se depila las cejas, o esperando el borboteo de la cafetera con la vista desenfocada en un abollón del parqué. Todas esas veces, reproduciéndose en aleatorio dentro de su cabeza: Abril. Pero hoy no. Hoy no la deja. Hace un esfuerzo consciente por aflo-

jar la mandíbula. Se dice: respira. Se dice: vuelve. Guarda el móvil de nuevo. Luego cruza un bulvar, un parque con perros de raza, fachadas con balcones que son en realidad miradores, y que resguardan en su interior ficus y butacas de ratán. Las cafeterías del barrio tienen nombres de treintañeras con pasta: Elisa Marco, Azucena Candal. Y esto es algo que quizás no va a confesar en voz alta, pero últimamente le gustan —es más, le fascinan— estos entornos elitistas y finos pintados de verde pastel.

De modo que allá va directa. Entra en la primera que le convence y pide un *cappuccino* mediano y uno de esos croissants relucientes pincelados de almíbar. Se lo come a pellizcos en una mesa soleada junto al ventanal. Las otras clientas visten ropa bonita, binomios de *blazer* y texturas caladas, hablan por turnos, con el volumen con que se cuenta un cuento en el dormitorio de un niño. Y de pronto, Ada siente una calma extraña y violenta dentro de este contexto en el que ella es capaz de visualizar situaciones así, tan armoniosas e instagramables, y luego infiltrarse en ellas. Resulta casi inquietante esta felicidad un poco histérica, un poco sacada de quicio. Se pregunta si es algo que debería contarle al psicólogo en la próxima cita. Porque, por supuesto, Ada se paga un psicólogo. Sesiones a ochenta euros donde construye monólogos jadeantes, llorosos, enfurecidos, saturados de onomatopeyas y palabrotas y estoy hasta el culo, no aguanto a mi madre. Dime lo que tengo que hacer.

Así en cada cita. ¿Debería esto? ¿Debería lo otro? ¿Crees que hago mal? ¿Soy egoísta? ¿Soy lo peor? El

psicólogo se inclina sobre la mesa, maniobra con un lapicero: ¿cómo te sientes con la idea de hacerlo? Ada se pregunta en qué proporción este hombre, dentro de este despacho, escuchará a sus pacientes decir: «no sé».

—El problema es que nunca hemos celebrado unas navidades normales —le contó hace cosa de dos semanas—. Y creo que por eso tengo esa fobia rara.

—Qué fobia.

—El Corte Inglés en Navidad —y enseguida matizó—: Bueno, solo la planta de decoración.

—¿La planta de decoración?

Aquí Ada soltó una risa. En la consulta del psicólogo se ríe a menudo. Sobre todo, cuando confiesa algo sobre sí misma que la avergüenza. También pide perdón a menudo. Incluso se lleva sus propios kleenex para no gastar los de la consulta. Porque a veces llora también. Pero eso no mucho. Lo de reírse es más típico. Igual que con sus amigas, a carcajadas. Luego dice: es que soy una intensa.

—Qué hay en la planta de decoración —insistió el psicólogo.

Y Ada no supo qué responder. No quiso, en realidad. Porque cómo explicar sin parecer una imbécil que lo que le ocurre ahí arriba es que se siente muy sola. Que se pone en modo dramático —con lo que ella aborrece el drama, las escenitas, el victimismo—, y toquetea los cojines bordados, el espumillón, las copas de flauta, los farolitos, la nieve falsísima de poliéster. Todo tan mono, tan ordenado, y Ada tan morbosa, tan hábil, tan exquisita en los escenarios que su mente proyecta y que incluyen todo un atrezo de fa-

miliares apoyados en muebles, sujetando croquetas, hojaldres, bengalas, las gafas de cerca. Familiares que no son los suyos, que ni siquiera conoce, que son nada más que ficciones elaboradas *ad hoc*. Y ese es el tema. Que ya se ha cansado de proyectar. Que ha alcanzado un grado de hartazgo importante, y este año lo quiere todo, el pack completo. Porque este año va a haber un orden, una simetría, una Navidad íntegra, civilizada, rabiosamente feliz. Una estampa de bola de nieve, de *Christmas vintage*, de niños sonrosados y en pijama, alfombras con perros, un superávit de candelabros, y el imperioso preámbulo de abrazos en el recibidor: qué guapa estás, cómo has crecido, sonrisas a tutiplén y gente la mar de considerada, gente a la que preguntas: ¿qué tal va todo?, y ellos recién divorciados, con maridos infieles, un cáncer fresco en la próstata y un padre recién enterrado, van y te dicen: muy bien.

Así que fuera remordimientos. Total, por un año. Ada vacía la taza de *cappuccino*, se lame de entre los dedos las virutas de croissant. Mientras paga, desenfoca la vista en las tartaletas y los pepitos de crema que se alinean tras las vitrinas de plexiglás: ese milhojas le encantaría a mi madre. Y entonces respira hondo, se rasca un recorte de piel arrimado a la uña. Por hábito quizás, o por inercia, saca el móvil del bolso. Se ha prometido no mirar, pero desliza la mano por la pantalla. Es memoria muscular, un reflejo de supervivencia. El teléfono es una prolongación de su sistema nervioso, de sus recuerdos, sus paranoias y de sus cruces. Y cómo no. Más mensajes. Abril. Una ristra de corazones y una frase que dice: te quiero, eres mi luz.

Ada abre el bolso, sumerge el móvil de golpe y la mandíbula se le endurece, nota un ardor en las vértebras de la nuca. Si pudiese gritar, gritaría, reventaría el teléfono con todas sus fuerzas. Se rasca las muñecas hasta que escuece. Por su madre un día desgarró una toalla, pateó una banqueta, se rompió un nudillo contra una pared. Móviles nunca ha roto. Es curioso, incluso en los momentos de rabia más demenciales hay una concienciación financiera que prevalece.

Hace ocho meses de lo de Natalia. Por entonces, Ada aún vivía en Madrid. Se había citado con las del instituto en una sidrería del centro, pero todavía quedaba una hora, así que estaba en el baño, envuelta en un albornoz y con el tinte vegetal potenciador de reflejos recién aclarado. Mientras aguardaba a que hiciera efecto el acondicionador de papaya, se afeitó los sobacos, hurgó unos granitos. A ratos, se rascaba con la punta del peine algún cosquilleo, miraba el reloj, le daba caladas a un cigarrillo que luego dejaba otra vez haciendo equilibrios sobre el lavabo. Cuando sonó el teléfono, no respondió porque tenía las manos pringosas. Así que los mensajes llegaron en tromba: llama cuando puedas, dónde estás, tienes que venir. Ada se mordió las mejillas por dentro, el móvil anidado en la mano que se había secado a propósito.

Es una pausa que existe siempre. Cada vez que en la pantalla aparece la palabra: MAMÁ, Ada cierra los ojos, respira antes de contestar. En ocasiones no es nada. Quejas, lamentos. Esos cabrones del banco, o que el

cardiólogo es un imbécil, y si no, pues los precios, los políticos, las obras infernales de la casa de enfrente, o sus primas, ya sabes cuáles, las de Badajoz, que no te imaginas lo mal que la tratan, y para colmo el clima, porque vaya coñazo de frío, o de bochorno, pero es que además, las varices, el polen, que se ahoga, una gotera, que si puedes buscar tú un fontanero, y por supuesto, que alguien se ha muerto, o se va a morir, o que para como vive, mejor morirse. Eso siempre, que no falte. La muerte. Reptando por el vientre de sus conversaciones. Luego también llama por otros motivos: que Tomás se ha gastado toda la pensión en el póker. ¿Y por qué le das la tarjeta, mamá? ¿No ves que al final es también culpa tuya? Entonces Abril llora más de lo habitual. Pobrecillo, con lo mal que lo pasa. Y después Natalia. Que ha suspendido otra vez. Que ha dejado las clases. Natalia que no come, que se ha escapado. Natalia y ese yonqui con el que sale. Natalia y los cortes que se abre en la piel con horquillas, con tijeras, con un *compact disc* partido por la mitad. Pero ¿tenéis *compact discs*? Casi desde que recuerda, Ada se ha planteado cómo sería vivir en otro lugar, a miles de kilómetros de distancia. Para no estar disponible, para no ser la primera opción, y desde su sofá, en otro gajo del planeta Tierra, tener la oportunidad de decir: ay, Dios mío, qué horror. Ojalá estuviera más cerca.

Pero el caso es que aquí Ada no podía tirar de esa excusa, porque aquí Ada vivía en Madrid. Así que diez minutos más tarde un ascensor, un taxi, otro ascensor. El pelo frío, un poco mojado, ráfagas anacrónicas de papaya cubriendo el olor a aldehído de la sala de es-

pera. A su lado, el cuerpo de su madre ocupaba casi dos plazas, respiraba un ruido acartonado al llorar. Ada apoyó la cabeza contra la pared. Supo que era su obligación moral consolarla. Pasarle el brazo por la espalda al menos, pero es que si la abrazaba, seguro que lloraría más fuerte, con más ganas, se apoyaría contra su hombro y es que no. No puede. Con lo nerviosita que le ponen a ella esas cosas.

Al cabo de un rato, entró una enfermera. Llamó a la otra pareja. Ella dejó de pasar las páginas de la revista que hojeaba, él se puso de pie. Habían aguantado todo ese rato con los abrigos puestos. Cuando se quedaron solas, Ada caminó hacia la ventana. Había figuras moviéndose dentro de los cuadraditos de luz al otro lado del patio, y su pelo brillante, demasiado brillante y caoba, reverberaba en la oscuridad del cristal.

—Te queda muy bien ese pelo —dijo Abril—. Yo tenía un pelo precioso antes, largo hasta la cintura, ¿te acuerdas?

—Sí, mamá, hay como ochenta mil fotos.

—Cuando estaba en la compañía de teatro.

—Ya.

—Era guapísima de joven —prosiguió—. Y no como ahora, en fin, que yo no sé..., de verdad este cuerpo..., y con lo mal que estoy.

Todavía vuelta hacia la ventana, Ada dijo:

—Podrías esforzarte por no estarlo.

La Abril del reflejo enderezó la espalda.

—Hago lo que puedo —respondió despacio, y entonces Ada resopló, y entonces Abril resopló más alto—: ¿Qué pasa, que no crees que me esfuerce?